

cristianos, el punto de partida de una nueva vida completamente cristiana. Como los santos, séamos aquí bajo hombres de fé y de acción. Y si sucede que el cumplimiento de nuestros deberes nos parece difícil, fortalezcámos nuestro valor contemplando la dicha acordada á los santos, cómo recompensa á su fidelidad, y que participaremos con ellos, si somos fieles á Dios hasta nuestro último día. Así séa.

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

CUARTA INSTRUCCION

Frutos que debe producir en nosotros esta fiesta.

I. Una grande aspiracion por el cielo. — II. Un gran valor para merecerlo.

Lo que la Iglesia se há propuesto con la institución de la festividad de Todos los Santos es, sin duda alguna, hacernos honrar, en una misma solemnidad, á todos los santos que están en el cielo, principalmente á los que nos son desconocidos y no tienen fiesta particular. Pero no créamos que la Iglesia no há tenido tambien presente, de una manera particular, en esta fiesta, el interés espiritual de aquellos de sus hijos que están todavia en la tierra. Entre estos, los unos olvidan completamente sus deberes de cristianos, los otros los abandonan de una manera lamentable, y los que se esfuerzan por ser fieles, encuentran en su cumplimiento dificultades con frecuencia muy difíciles de vencer. Todos, por consiguiente, necesitan ser estimulados, los primeros, para volver al camino del deber; los segundos, para marchar rectamente; los últimos, para sostenerse sin desfallecer. Segun esto, qué de más propio para alcanzar este triple objeto, cómo el abrir sobre nuestras cabezas el cielo, y hacernos contemplar á los santos en la gloria eterna, que les há sido dada por Dios cómo recompensa á su fidé-

lidad en la tierra, y que debe ser tambien un día la nuestra, si somos fieles cómo ellos! Entrarémós perfectamente en las miras de la Iglesia, ocupandonos de los frutos que se debe sacar de esta fiesta ¹, y cuyos dos principales son: un gran deseo del cielo y un gran valor para merecerlo ².

1. *Fructus hujus festi*: 1º *Excitat nos ad desiderium cœli*. 2º *Excitat ad spem consequendi bona cœlestia*. 3º *Labores hujus vitæ dulces facit, et omnes injurias*. 4º *Mortem reddit optabilem* (FABER, *Conc. op. in festo omn. SS. conc. 5*). — *Mori lucrum*: hay una ganancia con la muerte. Es la luz y el consuelo que quisiera daros hoy. El mundo gana en dar á Dios; los santos que residen en el cielo, son tambien útiles á la tierra. Los santos nos aman y nos ayudan. Nos ayudan porque son buenos y porque son poderosos: de dónde debemos deducir esta consecuencia facil, que debemos amar mucho á estos amigos, y recurrir frecuentemente á estos intercesores. (Gay, *Conferencias á las madres cristianas*, 53, confer.)

2. *La solemnidad de este día nos enseña lo que es un santo*. — Nuestra flojedad, ingeniosa para hacerse ilusiones, quisiera persuadirnos, de que para ir al cielo, hay un camino facil, en el cual se puede no motivarse y vivir á sus anchas, évitár la cruz y satisfacerse con todo lo que evidentemente no es pecado mortal, seguir la propia voluntad y sus caprichos, el amor propio y su vanidad; pero, en este día, interroguénos á los santos y preguntémosles, si hay uno solo que se haya salvado por este camino. Nos responderán con el Evangelio que se lee hoy solemnemente en la asamblea de los fieles, como una protesta contra este sistema de moral relajada. — Qué nos dice este Evangelio, si no es que los *bienaventurados* ó santos son los humildes, los pobres y los que no tienen apego á nada; son los corazones pacíficos, los que sufren todo sin nada hacer sufrir, devolviendo bien por mal, alabanza por desprecio, amor por odio; son los que pasan sus días en la aflicción y en las lagrimas, lejos de las alegrías del mundo; son los cuidadosos de su propia perfección, que tienen hambre y sed de justicia; son los misericordiosos que se apiadan de todas las penas de sus hermanos y se compadecen de todas las miserias humanas; son los corazones puros que se horrorizan de las menores manchas; son los pacíficos que no dejan á las pasiones turbar la paz

I. — *Un gran deseo del cielo.* — Lo que debe excitar en nosotros este deseo, es desde luego la belleza de la mansión en dónde vé-

de su alma y viven en paz con todo el mundo; son los perseguidos, que sobrellevan todo sin turbarse, lo mismo el insulto que la calumnia. Hé aquí los santos á juicio de Jesucristo y del Evangelio. Encontramos sitio en este retrato para la flojedad, la tibieza, la vida cómoda y sin molestia? — II. *La solemnidad de este dia nos recuerda que debemos ser santos.* En efecto, durante toda la eternidad, no habrá termino medio entre ser un santo ó ser un reprobó, cómo no le hay entre el cielo y el infierno. Entre estas dos alternativas, debemos élegir: podemos vacilar un momento y no decirnos del fondo del corazón: Si, quiero ser un santo; comprendo que es preciso, puesto que, sin esto, sería yo un reprobó? Es necesario, puesto que á este precio no es comprar demasiado caro el cielo: las alegrías eternas de los santos valen millones de veces todas las privaciones de la vida, todas las penas de la virtud. Es necesario, porque no es demasiado dar por escapar del infierno, del cuál me preservo siguiendo el camino de los santos. Pero, si es necesario, debo por consiguiente convertirme: porque disto mucho de ser un santo. En dónde está en mi la humildad, la dulzura, la paciencia y la vida de fé de los santos? La fiesta de este dia me recuerda que debo ser un santo, y quiero serlo. — III. *La solemnidad de este dia nos nuestra que podemos ser santos.* Ser yo un santo! no es ésa una empresa superior á mis fuerzas? nos dirá nuestra debilidad. Nó, responden en este dia, con sus ejemplos, todos los santos del cielo. Vémos, en efecto, entre ellos santos de todas las edades, de todas las condiciones y de ambos sexos. Luego, lo que ellos han podido, porqué no lo podré yo? Tántos cristianos en el mundo se han conservado puros entre todos los peligros de la seducción, recogidos entre la disipación y el tumulto, pobres entre los ricos, mortificados entre las ocasiones de placeres! Porqué no podré yo, en mejores condiciones, hacer lo que ellos hán hecho en posición más difícil? — No hay que decir aquí: Tengo pasiones que me arrastran, tentaciones que me solicitan; los santos las han también tenido, y más violentas, y hán triunfado. Porqué no podré triunfar como ellos? — No hay que decir: La seriedad de la santidad y la monotonía del deber me fastidian; no puedo tenerla. Es que los santos no han sentido ésos fastidios y ésos disgustos? Los han so-

mos á los santos; belleza tán maravillosa que nos es imposible comprenderla bien. Es lo que el apóstol San Pablo, á quien Dios

portado, y mucho más tiempo que nosotros; y ahora están en el cielo, y comprenden que han hecho bien! — Pero mi debilidad me asusta; temo no poder perseverar. Ay! los santos eran débiles cómo yo; la gracia los há sostenido. Porqué no esperaré yo que ella me sostenga? Es así cómo todo pretexto es confundido, toda excusa cae delante de esta sola palabra de San Agustín: *Quod isti et istæ, cur non ego?* (Hamon, Medit. 1.º de Noviembre.) — I. *La fiesta de Todos los Santos es propia para perfeccionarnos en la fé.* Mientras que nuestro espíritu permanezca circunscrito al círculo estrecho de las cosas de aquí bajo, hay trabajo en creer algunas duras verdades del Evangelio: por ejemplo, que es necesario hacerse violencia, llevar la cruz, someter la vanidad y el amor propio, preferir la vida retirada al brillo de la gloria y de la reputación, la obediencia á su propia voluntad. Al solo anuncio de estas doctrinas la naturaleza se estremece. Pero si se eleva el pensamiento á donde residen todos los santos cuya octava celebramos; si se les contempla descansando de sus pruebas, en el seno de una gloria inmortal; si se considera que los que más han sufrido aquí bajo, son ahora los más dichosos en el cielo; que los que fueron los más olvidados, son ahora los más glorificados; y se piensa que lo que há durado tán poco há dado motivo para una felicidad éterna, desde entonces la fé acepta con alborozo las máximas evangélicas que tánto costaban creer y exclama: «Cómo la tierra con sus falsos bienes no es nada para quien mira al cielo! Dichosos los que sufren, ó desgarran la calumnia! no hay proporción alguna entre las cruces de la vida presente y las glorias de la vida futura; por un instante de ligera tribulación, se tiene un premio inmenso de gloria.» Entonces se saborea con delicia las palabras de la *Imitación*, III, 47: «Oh! si hubiérais visto las coronas eternas de los santos en el cielo, los arrebatos de alegría de los que antiguamente en la tierra no eran contados por nada y que no se consideraban ni aun dignos de vivir, os humillaríais hasta el polvo, deseando mejor estar sometidos á todos que de mandar á uno solo. Lejos de desear el placer en la vida, os alegraríais de sufrir por Dios, y estimaríais cómo un grande honor el ser tenidos por nada entre los hombres.» Es así cómo una mirada al cielo levanta el alma y perfecciona su fé.

había hecho la gracia de trasportar algunos instantes al cielo, declara en términos formales: *El ojo del hombre, dice, no há visto*

— *La fiesta de Todos los Santos perfecciona en nosotros la esperanza.* — Véamos en el cielo á los santos que nos esperan, nos llaman y nos invitan á unirnos á ellos; nos estimulan y nos muestran el trono que nos espera, la corona que debe ceñirnos la frente, la recompensa que Dios tiene reservada para cada buena oración, para cada penitencia, para cada suspiro lanzado hacia él. Oh! cómo esta perspectiva es propia para inflamar la esperanza! cómo nos apremia para partir á la patria celestial! No solamente los santos nos esperan; sinó que ruegan por nosotros, hacen valer en nuestro favor sus meritos, los martires sus miembros destrozados, los confesores sus cuerpos desgarrados, los anácoretas sus penitencias: y, con el pensamiento en oraciones tán fervientes, nuestro valor crece, la confianza se réanima. Y porqué no haré yo lo que todos los santos hán hecho? Son tán dichosos! Porqué no iré á participar de su dicha? Vén á Dios, no de lejos, en enigmas y en imagenes imperfectas, sinó de cerca, al descubierto, cara á cara, tál cómo es en si mismo. Y yo estoy llamado á la misma felicidad; la cosa no depende más que de mí: me basta quererlo. Si, Señor, yo lo quiero; yo quiero ir á abismarme en vuestra esencia infinita; estoy impaciente por esta dicha. Yo deseo asociarme á los angeles, á los patriarcas, á los profetas, al colegio de los apóstoles, á la multitud de martires, verles, hablarles, abrazarles! Oh! esperanza cristiana, arrebatas mi corazon, despegandole de la tierra para llevarlo al cielo. — III. *La fiesta de Todos los Santos perfecciona en nosotros la caridad.* La religion nos enseña que el medio para alcanzar la felicidad de los santos, es amar mucho. Amar á Dios en la tierra es el medio de amarle en el cielo: amar es el unico camino de la felicidad. Si, pues, queremos ir al cielo, es preciso no vivir más que de amor, no creer más que en el amor, y con éso se está seguro del paraíso. Y quién no amará á un Dios tán magnífico respecto de los que le sirven? Quien no amará á un Dios que los santos encuentran siempre tán bondadoso y al cuál no pueden dejar de amar? Los serafines le celebran con el eterno cantico: *Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos*; el Dios al cuál las virgenes cantan la alabanza que solamente ellas pueden cantar, y á cuyos pies ochenta ancianos depositan sus coronas, protestando que á

*nunca, ni el oido escuchado, ni su espíritu podido comprender, lo que Dios há preparado á los que le aman*¹. Sin embargo, los San-

él unicamente pertenecen el honor, la alabanza y la bendicion? Oh! cómo estos elevados pensamientos que nos recuerda la festividad de este día son propios para abrasar de amor el corazon! (Id. ibid. 3, de Noviembre.

1. I. Cor. II, 9. — Reunid todo lo que hán dicho de esta maravillosa gloria del cielo, los profetas, los évangélistas, los doctores, los oradores más élocuentes, y veréis que todos dicen en sustancia lo que ella no es. Yo quisiera para ilustraros en este punto, que Dios renováse en vuestro favor el prodigio del Apocalipsis; que cada uno de vosotros viése bajar el cielo, cómo lo vió San Juan; y puesto que no podeis vosotros subir hasta él, que bajáse á vosotros en la figura de una magnífica ciudad, con muros de oro, el piso de diamantes, las puertas de zafiros y esmeraldas, con habitantes opulentos y majestuosos cómo reyes, con una luz que las tinieblas no oscureciésen jamás, con un brillo que no disminuye mancha alguna, y teniendo por sol al Cordero de Dios mismo que no oculta ningún eclipse. Pues bien! Yo os diría todavia: ése no es el paraíso, no es más que la imagen y no la realidad. Creéis quizás que se encuentre allí en su ser material y físico las piedras preciosas, cómo la esmeralda, el topacio y el rubí? Esto sería un error, puesto que el apóstol San Pablo, que há sido testigo ocular de esta gloria, dice que ni el ojo há visto, ni el oido escuchado lo que pasa en este palacio de los bienaventurados. El évangélista San Mateo está muy distante de la realidad, cuando compara la gloria de Jesucristo transfigurado con la luz del sol y con la blancura de la nieve. Nieve se encuentra en todos los valles; y si no hubiera admirado otra cosa en la cima del Tabor más que la luz del sol y la blancura de la nieve, San Pedro no tenía necesidad de subir á ella, sinó que podía permanecer con la multitud en la pendiente de la montaña. La comparacion de San Mateo no es exacta, no por falta del Evangelista, sinó por el exceso de la misma gloria de Nuestro Señor, que él no podía explicar de otra manera; porque es una condicion inhérente á todos los objetos que sobrepujan á la capacidad de nuestro espíritu, la de no tener terminos que puedan explicarlos de una manera exacta. Qué diré de los que comparan el paraíso á un torrente de deleites, á un jardín delicioso, á

tos Padres nos hán enseñado que es posible, por medio de algunas reflexiones, formarse una idea.

Así, supongámos desde luego, por ejemplo, que un rey rico y poderoso tenga la certeza de reinar durante cien años. Qué un suntuoso festin, á la alegría de las bodas, á un reino muy floreciente á la alegría de los segadores despues de la cosecha? Todas estas comparaciones son bajas, y envilecen mejor que ensalzan las delicias de esta bienaventurada patria: así es que debese tomar todas estas figuras en un sentido mistico mejor que en un sentido literal. En cuánto á mi, me persuado de que los profetas y los evangelistas han hecho aquí cómo los matematicos, los cuáles viendo nuestro cielo sembrado de tantas estrellas, e completamente diferentes las unas de las otras, en sus movimientos, sus influencias y su tamaño, han imaginado una grande multitud de figuras naturales ó fabulosas. Hán puesto aquí un toro, allá un leon, acullá un escorpion, en otra parte un capricornio. Creéis acaso que todas estas figuras existen en el cielo? No son más que un capricho de los matematicos, que hán inventado éstos signos para mejor entenderse. Es así cómo los profetas y los evangelistas se sirven de simbolos toscos, que nos hablan de jardines siempre olorosos, de otoños fecundos, de conciertos armoniosos, de oro y de piedras preciosas, de zafiros y de ambar, de sonidos y de festines, de fiestas y de téatros. Todo éso nos representa un paraiso agradable á los sentidos, en lugar del verdadero cielo que debe satisfacer al espiritu. Han recurrido á ésas figuras porque nos lisonjéan más, y las comprendemos mejor; pero en el fondo los torrentes de felicidad que inundan por todas partes á la Jerusalem celestial, son, nos dice San Pablo, secretos que el hombre no puede expresar. Y, os pregunto yo, si todo lo que se há dicho y escrito, si todo lo que se puede decir y escribir de la gloria del paraiso no es más que una hiperbole, en dónde está la verdad? Héla aquí: es el santo rey David quién la há encontrado, cuándo despues de haber visto esta inmensa gloria, arrebatado por un extasis maravilloso, exclama: *Hé dicho en mi entusiasmo: todo hombre es impotente*, haciendo con éso comprender que sabemos del cielo unicamente lo que no es, y que se puede escribir sobre todas las puertas con caracteres de fuego estas palabras de San Agustin: *Acquiri potest, æstimari non potest.* (Leonardo de Port Maurice, *Obras*, 2º domin. de Cuar.)

palacio no desearia construir para pasar agradablemente un reinado tán largo, con sus cortesanos y amigos! Todo lo que el gusto, el genio, las artes producirian de más encantador, se encontraría reunido, y en parte alguna se veria nada tán esplendido y tán maravilloso. Sin embargo, no seria más que un rey mortal, con un poder naturalmente limitado, y, por otra parte, expuesto, cómo todos los demás hombres, á todas las contrariedades y reveses. Qué palacio más bello no pensais, por consiguiente, que Dios se haya édificado, para hacer su mansion regia y la de los angeles y de los santos durante toda la eternidad, él, cuyo poder no tiene limites, y cuyo genio excede infinitamente al de todas las criaturas inteligentes reunidas!

Por otra parte, considerémos este mundo. Por su inmensidad, por su belleza, por todas sus perfecciones, es tán admirable, tán encantador, que muchos hombres quisieran poder permanecer siempre en él. Y de hecho, cuándo se contempla el cielo estrellado que nos sirve de boveda, el suelo terrestre que ofrece á nuestros pasos sus tapices de verdura y de flores, los pajaros en los aires, los pescados en el mar, los animales en la tierra, todos criados, así cómo otras muchas cosas, para nuestro uso y nuestro agrado, sientése que falta poco para que no se sufra tambien la seduccion ejercida por ésa multitud de maravillas. Sin embargo, esta encantadora mansion, qué otra cosa es más que un lugar de prueba y de destierro? Pues, si Dios há hecho tán hermoso el lugar de la prueba y del trabajo, en dónde están confundidos sus amigos y sus enemigos, cuánto más esplendido no debe sér el lugar que há destinado para ser el de la recompensa y del descanso, y en dónde no deben ser recibidos más que sus solos amigos!

Otra consideracion eminentemente propia para darnos un gran deseo del cielo, es la sociedad que se encuentra allí y con la cuál se debe permanecer. Tán hermoso cómo séa un palacio, tán encantadora cómo séa una estancia, nadie querria habitarla, si debiera encontrarse solo¹, ó con personas llenas de vicios, violentas, injuriosas

1. Un filosofo de la antigüedad (Seneca) há dicho con razon: « Gozar

y de un caracter insoportable. Por el contrario, aunque la habitacion fuese ordinaria y modesta, quién es el que no se complaceria en permanecer en ella, si se estaba seguro de tener siempre una sociedad selecta, delicada y amable? Pues bien, en el cielo, no solamente se encuentra el esplendor de la habitacion, sinó la sociedad que es la más élegida, la más distinguida, la más noble, la más agradable y la más encantadora que se pueda imaginar. Porque es más que una sociedad de gentes perfectamente amables, más que una sociedad de sabios y de artistas, más que una sociedad de principes y de reyes. De quiénes, pues, se compone ésa sociedad de suprema elección, que no puede ser comparada con ninguna de este mundo? Lo sabeis, cristianos, se compone desde luego de una multitud venerable de patriarcas y profetas, del coro glorioso de los apóstoles, del brillante ejército de los mártires, de los confesores, del casto acompañamiento de las vírgenes, de la innumerable multitud de todos los santos y santas de la antigua y nueva ley. En la sociedad celestial, sobre los santos y las santas, se vé resplandecer los nueve co-

de un bien y no tener compañía, no es un placer». Encerrád un hombre solo en un palacio, en medio de la abundancia, pero sin un compañero con quién pueda conversar, este hombre acabará por decirnos: ó déjádme salir de aquí, ó dádme alguno por compañía. Otro filósofo antiguo (Arquitas) habia ya dicho: «Aun cuando fuera dado á un hombre subir al cielo y gozar del espectáculo de todo lo que ofrece de maravilloso, tendria poco placer volviendo á la tierra, si no encontraba á nadie á quién pudiése dar cuenta de lo que há visto». San Pablo, que habia sido arrebatado al cielo, contaba, tanto cómo se lo permitia la debilidad del lenguaje humano, las maravillas de las cuáles sus ojos habian sido testigos. Dios mismo, no necesitando de nadie para ser dichoso, habla y obra, no obstante, cómo si amára la sociedad: *Mis delicias, dice, son estar con los hijos de los hombres.* Prov. viii, 31; y no permaneciendo solo en el cielo, se há unido los ángeles y los hombres. Há querido que la posesion del cielo, sin sociedad, no ofreciése agrado, y que esta última fuése el mayor encanto. (Brexelius, *El cielo*, c. 90.)

ros de los puros espíritus, los ángeles, los arcángeles, los principados, los poderes, las virtudes y las dominaciones, los tronos, los querubines y los serafines. Y sobre estas criaturas tan perfectas y tan admirables, la Santísima Virgen Maria, la reina de todos, aparece radiante de incomparable gloria. Y, por último, por encima de Maria, su Hijo Jesus y la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, dominando en lo más alto de los cielos, con una serena majestad que atrae y embriaga de felicidad á todos los que la contemplan. Qué sociedad, cristianos, y qué delicias no debe procurar á los que tienen la dicha de ser allí admitidos! Qué sociedad, en dónde hay multitud sin confusion, grandeza sin ambición, variedad sin querellas, desigualdad sin discordancias, caridad sin murmuracion! Qué sociedad, en dónde cada cuál está satisfecho de todos los demás, y en la que la felicidad de cada miembro es para sus compañeros un motivo para ser ellos mismos más dichosos! Porque allí, por el hecho de la caridad, todo es de todos, y la alegría comun no hace más que aumentar la parte de felicidad de cada uno ¹.

1. Si ad unum Salomonem ob famam sapientiæ venit regina Saba maximo itinere; si ad unum Antonium eremitam, ob famam sanctitatis multi undique homines, ipsique imperatores ambiebant ejus amicitiam; si ad unum Benedictum ob similem causam venit rex Totilas, etc., quid erit videre tot sanctos in cælo, gloria, sapientia, virtutibusque omnibus conspicuos? Ælian. I. xiii. narrat Cercidam Megapolitanum ægrum interrogatum, num libenter moreretur, respondisse: «Quidni? Delector separatione animæ a corpore, quoniam ad eas oras ascendam, ubi videbo ex philosophis Pythagoram; ex poetis Homerum; ex musis Olympum, et alios viros in omni scientia præstantissimos:» et Socrates aiebat: «Quanti æstimantis colloqui in altera vita cum Orpheo, Musæo, Homero, Hesiodo? Quanta voluptate perfundar, cum Palæmedem, cum Ajacem, cum alios judicio iniquorum damnatos, conveniam? Equidem sæpe excedere e vita, si fieri posset, vellem, ut quæ dico possem invenire.» Multo solidiore ac certiore spe cogitare hoc christianus de sanctis in cælo regnantibus potest. «Ibi hymnicidi

Pero nosotros debemos desear el cielo, no solamente á causa de su belleza y de la sociedad que en él se encuentra, sinó tambien á causa de la ocupacion á que se entrega. En vano se residiría en el más hermoso de los palacios con los más cariñosos amigos, no podria complacerse uno, desde el momento que fuéa necesario entregarse á un trabajo penoso y repugnante. Pero no tiene este caracter la ocupacion de los bienaventurados moradores del cielo. Esta ocupacion responde, por el contrario, á la belleza del lugar

angelorum chori, inquit S. Greg. ho. xiv. In evangelia : ibi societas supernorum civium : ibi dulcis solemnitas a peregrinationis hujus tristi labore redeuntium : ibi providi prophetarum chori : ibi iudex apostolorum numerus : ibi innumerabilium martyrum victor exercitus, tanto illic lætior, quanto hic durius afflictus : ibi confessorum constantia præmii sui perceptione consolata : ibi fideles viri, quos a virilitatis suæ rubore voluptas sæculi emolire non potuit : ibi sanctæ mulieres, quæ cum sæculo et sexum vicerunt : ibi pueri, qui hic annos suos moribus transcenderunt : ibi senes, quos hic et ætas debiles reddidit, et virtus operis non reliquit. Quæramus ergo fratres charissimi hæc pascha, in quibus cum tantorum civium solemnitate gaudeamus. Ipsa nos lætantium festivitas invitet. Certe sic ubi populus nundinas celebraret, si ad alicujus ecclesiæ dedicationem denunciata solemnitate concurreret, festinaremus omnes simul inveniri, et interesse unusquisque satageret : gravi se damno affectum crederet si solemnitatem communis lætitiæ non videret. Ecce in cœlestibus electorum civium lætitia agitur, vicissim de se omnes in suo conventu gratulantur, et tamen nos ab amore æternitatis tepidi, nullo desiderio ardemus, interesse tantæ solemnitati non quærimus, privamur gaudiis et læti sumus. » Hæc Greg. Et S. Cypr. tract. de mortalitate : « Magnus, inquit, illic nos charorum numerus expectat, parentum, fratrum, filiorum frequens nos turba desiderat, jam de sua immortalitate segura et adhuc de nostra salute sollicita. Illic apostolorum gloriosus chorus ; illic prophetarum exultantium numerus ; illic martyrum innumerabilis populus ob certaminis et passionis victoriam coronatus ; triumphantes illuc virgines, quæ concupiscentiam carnis continentia robore subegerunt, etc. » (FABER, *Op. in festo omn. SS. conc. 7, n. 2*).

y al encanto de la sociedad en él reunida. Consiste ella, en efecto, en ver á Dios, en contemplarle, en admirarle, en glorificarle, en bendecirle y en amarle. Y qué más facil, qué más grande, qué más dulce, qué más deleitoso que una semejante ocupacion ! Leémos en la vida de algunos santos, que encontraban tantas delicias en la contemplacion de las perfecciones divinas, que era necesario violentarles para sacarlos de ellas, y que en seguida se quejaban dulcemente por haber sido molestados en una ocupacion en la que sentian alegrías deliciosísimas ¹. Sin embargo, estos santos estaban todavia en la tierra, y su alma, embarazada por la envoltura de su cuerpo, no podia ver á Dios más que imperfectamente, *cómo en un espejo y bajo figuras enigmáticas* ², así cómo habla el apostol San Pablo. En el cielo, por el contrario, el alma vé á Dios *cara á cara* ³ y tál cómo es ⁴. Y nada le im-

1. Las cosas que veía eran tån grandes y tån admirables, que la menor bastaba para trasportar mi alma, y para imprimirla un profundo menosprecio por todo lo que aqui bajo se vé. No hay imaginacion ni inteligencia que se las pueda figurar. Su vista me causó un placer tån exquisito, y penetró mis sentidos de contentamiento tån suave que no tengo palabras para expresarlos. Haciendome ver esto, Nuestro Señor me decia : « Mira, hija mia, lo que pierden los que me ofenden, y no dejes de advertirselo. » Me quedó de éso un tål disgusto de los bienes y de las satisfacciones de este mundo, que todo no me parecia más que humo, mentira y vanidad. (Santa Teresa, *Su Vida* por ella misma.)

2. I. Cor. XIII, 12. — 3. Ibid.

4. Lo que hace la perfeccion de la bienaventuranza de los santos es que ven á Dios en si mismo, que es la primera y la soberana verdad, en la cuál están contenidas todas las verdades particulares. Le ven, no oscuramente, bajo simbolos y figuras, cómo se le puede ver en la tierra, y cómo se dejó ver á Moises antiguamente, á Isaias y á otros profetas, en sus visiones. Sinó que los bienaventurados le vén en si mismo, tål cómo es, y cómo él mismo se vé y se conoce, segun las admirables expresiones de la Escritura : *Cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est*. I. Cor. XIII, Joan. III. Cuando vémos á una persona, no vémos más que su rostro, y de este la